

Eros y Poder en la Relación Adulto-Niño¹

Carlos Amadeu Botelho Byington²

La Psicología Simbólica Junguiana centraliza el desarrollo de la Consciencia en el proceso de elaboración de los símbolos y funciones estructurantes coordinados por el Cuaternio Arquetípico Regente alrededor del Arquetipo Central. Este Cuaternio está formado por el Arquetipo Matriarcal o de la sensualidad, por el Arquetipo Patriarcal o de la organización, por el Arquetipo de la Alteridad o de la dialéctica de los opuestos y por el Arquetipo de la Totalidad a través del cual la Consciencia percibe el proceso como un todo.

A la luz de esta perspectiva, la función estructurante de Eros caracterizada por la emoción, afectividad, deseo, fertilidad y relación erótica puede relacionarse en gran parte con la sensualidad del Arquetipo Matriarcal. Por otro lado, la función estructurante del Poder caracterizada por la fuerza, dominio, control, represión, jerarquía, orden, tarea y obediencia, puede relacionarse también en gran parte con el Arquetipo Patriarcal. Sin embargo, esto es relativo, pues todas las funciones estructurantes pueden ser expresadas por todos los arquetipos con mayor o menor frecuencia y, en este caso, el Arquetipo Matriarcal también puede expresar el Poder, aunque eso no es tan frecuente. Recuerdo, por ejemplo, el Mito de Lilith, que ejemplifica muy bien la posesión demoníaca del matriarcal herido por el Poder. Ya tuve oportunidad de tratar varios casos de mujeres de personalidad muy pujante y dotada, que no pudieron desarrollarse social y profesionalmente, y que canalizaron toda su frustración en comandar al marido y a los hijos. Raramente vi la Sombra de personas de tal forma poseídas por la vanidad, control, posesividad, envidia y celos comandados defensivamente por el Poder. De la misma forma, el dinamismo patriarcal también puede expresar Eros, como es el caso de la conmovedora relación emocional del coronel inglés, representado por el actor Alec Guinness en el filme *El puente del río Kwai*. Él, siendo prisionero del ejército japonés, fue obligado a usar su conocimiento de ingeniería para construir, con sus comandados, un

¹ Conferencia dictada en el Congreso Venezolano de Psicoanálisis – Perspectivas Contemporáneas, Freud Jung y Lacan, Caracas, junio de 2006.

² Médico psiquiatra y analista junguiano. Miembro fundador de la Sociedad Brasileña de Psicología Analítica. Creador de la Psicología Simbólica Junguiana. Educador e Historiador.

E-mail: c.byington@uol.com.br. WebSite: www.carlosbyington.com.br

puente estratégico sobre el río Kwai para servir al enemigo. Paradójicamente, él se apasionó por el puente durante su construcción, como un hijo de su creatividad y competencia. La aviación inglesa viene a bombardear el puente, y, en medio de la destrucción, el coronel inglés camina hacia la muerte y exclama: - "My bridge!".

Cuando relacionamos Eros y Poder predominantemente como expresiones del Arquetipo Matriarcal y del Patriarcal, situamos a esas dos funciones como polos de gran amplitud. Desde el punto de vista del Ego, Eros aborda principalmente el vínculo afectivo entre las personas. Propicia el apego, el deseo, la intimidad, la empatía, la simbiosis, la frustración, el amor materno y filial y, en última instancia, también el amor conyugal, el rechazo, el abandono y el desamor de un modo general. El Poder, a su vez, coordina principalmente la auto-afirmación, la independencia, el dominio sobre el Otro sea éste cuerpo, sociedad o naturaleza; el elitismo, la tarea, la victoria, la derrota, la fama, el éxito, el fracaso y la culpa. Dentro del patrón dialéctico de alteridad, los Arquetipos Matriarcal y Patriarcal y las funciones estructurantes de Eros y del Poder se relacionan democráticamente en el amor al prójimo como a sí mismo.

Los estudios del desarrollo psicológico y de la psicoterapia en el niño presentan un gran sesgo de Eros y de Poder en la relación del adulto con el niño.

Antes del Psicoanálisis, el niño ya servía de proyección de la Sombra del adulto. En el Cristianismo, por ejemplo, su alma es portadora del pecado original, del cual solamente puede salvarse por el bautismo.

Después del Psicoanálisis, las cosas empeoraron, pues el "pecado" del niño al nacer fue "científicamente" identificado con el parricidio y el incesto, por lo que fue rotulado como perverso-polimorfo. Solamente la represión y sublimación de su Complejo de Edipo podría transformarlo en un adulto normal. La reacción de Edipo a sus padres se tornó modelo de la identidad del niño, y Freud no consideró que Edipo había sido entregado por sus padres, al nacer, para ser asesinado.

En su última formulación de la constitución psíquica, Freud describió al niño como portador del instinto de muerte al nacer y Melanie Klein amplió esa patologización, incluyendo la envidia del seno en el instinto de muerte.

La sexualidad infantil fue descrita por Freud junto con el modelo edípico, del cual se derivó el complejo de castración para explicar el miedo y la angustia del pequeño. Según esa teoría, cualquier vivencia de un padre amenazador puede ser explicada por la proyección del niño de su propio instinto de muerte parricida y el consecuente miedo de castración como fantasía de ser castigado por el padre (J. Laplanche, 1967).

La consideración unilateral de las emociones del niño en la relación con el adulto llevó al extremo de reducir casos de abuso sexual y de poder a la fantasía infantil. El Psicoanálisis, que llevó el incesto y el parricidio al estudio de la Psicología, debido a la reducción de ellos al Complejo de Edipo del niño, llegó incluso a ser acusado de ser usado para encubrir las perversiones sexuales y la crueldad de los adultos por el propio director de los Archivos Freudianos (Masson, 1987).

En función de la diferencia de tamaño entre el niño y el adulto, Adler redujo el instinto de poder a un complejo de inferioridad del niño pero, en ningún momento, aludió siquiera al complejo de superioridad del adulto, también como un disturbio del instinto de poder (Adler, 1914).

Cada teoría psicológica interpreta las características del desarrollo infantil dentro de su marco de referencia teórico, lo que lleva a resultados muy diferentes. Esa gran disparidad ocurre principalmente debido a la descripción del desarrollo infantil unilateralmente, sin la inclusión del adulto en la formación de toda y cualquier característica de la identidad del niño.

Una de las principales consecuencias del sesgo de la unilateralidad de Eros y del Poder, en el estudio del desarrollo psicológico infantil, fue el modelo mutilado de la díada primaria niño-madre con la exclusión del padre. Ese abordaje se originó en la estructuración de la familia patriarcal y correspondió a la división de Eros y Poder entre la madre y el padre a expensas del niño. La teoría de la díada exclusiva madre-niño ratifica “científicamente” el abandono del padre ausente y la hegemonía unilateral y deformadora de la mujer en el hogar.

Para evitar ese sesgo tan limitador, la Psicología Simbólica Junguiana formula el desarrollo psicológico del niño dentro del **cuaternio primario**, formado por los símbolos y funciones estructurantes **de la madre, del padre, del vínculo entre ellos y del niño**.

Cuando adoptamos el cuaternio primario como referente del desarrollo infantil, establecemos las funciones estructurantes de Eros y Poder dentro de una relación integrada activa y pasiva. Con esta metodología para la elaboración simbólica del desarrollo, podemos identificar la participación de Eros y Poder de cada componente del cuaternio primario.

De esta manera, la primera gran deformación que notamos es la ausencia teórica del padre en la relación primaria por la conveniencia de la división de los papeles sociales del hombre y de la mujer en la familia patriarcal. Entre tanto, la evolución de la relación del hombre y de la mujer, cada vez más dentro de la relación dialéctica de alteridad, viene demostrando que la díada primaria de la relación niño-madre puede perfectamente operar

junto a la díada primaria niño-padre. Ella nos muestra también que cuando el niño comienza a relacionarse de forma ternaria, o triangular, con el padre y la madre, en lugar de identificarse con un padre ausente en la infancia y una madre omnipresente, servidora, sumisa y no realizada profesionalmente como persona, encuentra ahora a dos seres humanos, relacionándose en condiciones de igualdad de Eros y Poder en el proceso de individuación de cada uno.

Esa perspectiva nos permite elaborar las ansiedades del niño y de los padres en las vivencias de apego, desapego, frustración, agresividad, posesividad, envidia, celos y de otros tantos síntomas difíciles durante su desarrollo, no solamente en función del Self Individual, sino también del Self Familiar. La visión psicodinámica del desarrollo infantil, a la luz de esa **mirada cuaternaria**, nos muestra que un estudio de los símbolos vivenciados sin los padres es un reductivismo que deforma la relación de Eros y Poder, del cual la principal víctima diagnóstica es el lado menos poderoso, es decir, el niño.

Esa mirada cuaternaria nos revela, también, que la descripción del desarrollo centralizado exclusivamente en el niño encubre el examen sistemático de los significados simbólicos que la personalidad de la madre y del padre y el vínculo entre ellos traen al cuaternio primario, sea de sus aspectos saludables, sea de su Sombra. Se concluye, así, que la psicopatía de Layo y Yocasta no está incluida teóricamente en la comprensión del Complejo de Edipo, no solamente porque no le fue atribuida la misma importancia que el parricidio y el incesto de Edipo, sino porque la conducta de los padres no es considerada metodológicamente junto con la conducta de los hijos. En el caso de que así fuese, el Complejo de Layo y el Complejo de Yocasta habrían sido escritos con la misma importancia que el Complejo de Edipo. En el caso del Complejo de Yocasta, éste habría sido descrito con una importancia aún mayor que el Complejo de Layo, por haber ella participado tanto del planeamiento del asesinato del hijo, como por haber generado cuatro hijos en el incesto con él.

No se trata, así, solamente de tomar el partido del niño y denunciar la desigualdad de Eros y Poder en que él ha sido estudiado teóricamente, sino de proponer el estudio y la comprensión de los símbolos y funciones estructurantes de su desarrollo junto con los símbolos y funciones estructurantes que sus padres traen a la relación con él.

Eros y Poder y el Ciclo de la Vida

El proceso existencial es un gran **ritual de pasaje** entre el nacimiento y la muerte, del cual forma parte la función sacrificial.

Como todos los símbolos, funciones estructurantes y arquetipos que coordinan la elaboración simbólica, Eros y Poder son integrados paulatinamente durante el proceso existencial, al que Jung denominó proceso de individuación.

El Ego participa de la elaboración simbólica, tanto en la posición activa como pasiva. Durante la simbiosis con los padres en el cuaternio primario, el niño va formando su Ego predominantemente en la posición pasiva, pero, a medida que el tiempo pasa, adquiere más y más la posición activa. Eso se da por el crecimiento del cerebro con la maduración de todo el sistema nervioso y por la integración creciente de los símbolos y funciones estructurantes que vivencia. Su gran adquisición en la primera infancia es la capacidad de alimentarse y la de caminar (0-3 años) y, en la segunda infancia, sus dos grandes adquisiciones son el complemento del habla y de la capacidad de simbolización (3-12 años), durante la socialización.

Mientras el niño crece en la simbiosis primaria, los padres decrecen en importancia, en la medida en que le transmiten la capacidad de alimentarse junto con muchos símbolos básicos de la cultura a través del ejemplo y del lenguaje. Los símbolos transmitidos por los padres conducen costumbres y valores heredados de las generaciones pasadas. El niño no sabe que la cuchara que él empuña para sustituir la mamadera tiene una tradición de generaciones, y, a pesar de eso, es una adquisición reciente en la historia de la civilización.

Antes de la cuchara nuestros antepasados comían con la mano y lo natural sería hacerlo así. Entre tanto, el niño desea la cuchara porque ser igual a los padres es más fuerte que seguir una tendencia natural. Este pequeño símbolo ilustra el principio de la identificación por la imitación, que es más fuerte que la represión y la sublimación concebidas por Freud para transformar el Id. La imitación es la función estructurante más común y poderosa de la pedagogía humana y es, por tanto, esencial en nuestro proceso de formación de la identidad primaria. En ese sentido, la identificación por imitación es aun más frecuente y habitual que la identificación por la proyección e introyección, que también son frecuentes.

Cuando hice una investigación médica entre los indios Karajás, en las márgenes del Río Araguaia, me sorprendió que los niños me pareciesen más felices y bien comportados que los nuestros, en la convivencia con los padres. Nunca vi órdenes exasperadas y, menos aun, gritos y sermones. Al intentar comprender por qué ocurría eso, observé que los niños convivían mucho con los adultos y que su tendencia mayor era imitarlos. Así, los propios niños competían entre sí para hacer bien las cosas y el modelo orden-obediencia era secundario en su educación. En ese sentido, las funciones de Eros

y Poder, reguladoras de la auto-estima y del comportamiento social funcionaban asociadas para el aprendizaje. Basado en esas observaciones y también en el aprendizaje entre nosotros, he venido describiendo la importancia de la enseñanza útil que el alumno aprende en el aula para ejercer inmediatamente en casa y en la vida. Cuando eso sucede, el método de enseñanza está fundamentalmente basado en la **imitación** del profesor y no principalmente en el estudio del programa para desempeñar el aprendizaje en pruebas y notas exigidas por la escuela y por la sociedad. En la imitación, Eros y Poder son apropiados por el interés del alumno en crecer y ser igual al profesor. El saber es deseado y el poder bien recibido. En el método del deber, el saber es impuesto y el poder de las notas y pruebas se transforma en un instrumento de opresión y de sumisión. Concluí, así, que los niños Karajás eran más alegres con sus padres porque aprendían espontáneamente, básicamente por imitación, sin necesitar, por tanto, ser educados dentro del aprendizaje condicionado por el deber ejercido entre la orden y la obediencia.

La principal función estructurante del crecimiento, entonces, no es la función de represión y sublimación del Id sino la **función sacrificial** que rige la imitación y el intercambio de la adquisición de la nueva función a través del abandono de la función anterior. La **función sacrificial** afecta de tal manera el cuaternio primario que el niño, los padres y su vínculo **sufren juntos** su función estructurante. Esto es muy diferente a la posición unilateral de Eros y Poder, en la cual los padres “educan” los hijos a través de reglas, órdenes, exigencia de obediencia y sumisión, y los profesores enseñan con tareas, pruebas y notas.

La Mirada de los Padres en el Cuaternio Primario

La relación de los padres con los hijos dentro del cuaternio primario incluye una función muy importante que es su mirada. La elaboración de los símbolos para formar la Consciencia del niño se da, en gran parte, inconscientemente. Por tanto, la manera en que los padres miran a los hijos, es decir, reaccionan a ellos, influencia sobremanera la toma de consciencia del niño, e incluye el factor ético, cierto-errado, junto con la connotación afectiva bueno-malo, gusto-no gusto. Si el niño se siente rechazado, muchos símbolos traumáticos que carga, incluso provenientes de enfermedades contraídas, son acompañados de culpa. La mirada de los padres de amor-desamor es incorporada en la estructuración simbólica del Ego infantil. De hecho, gran parte de la auto-estima de un niño se construye con esa mirada de los padres. De allí resulta que sea tan importante la

consciencia de los padres de cómo ven a sus hijos, sobre todo cuando en ellos proyectan contenidos de su Sombra.

Pedro tiene un año y diez meses. Lactó durante diez meses y hace un año viene tornándose progresivamente independiente en la alimentación. Rosa es una madre dedicada y muy orgullosa de su primer hijo. Ella tiene veinte y ocho y José Luis treinta años. Se casaron hace tres años y planearon con cariño la concepción. Ambos trabajan fuera, pero cerca de casa. Son muy afectivos y vivenciaron la gravidez, el parto y el primer año de Pedro con bastante alteridad. Pedro está muy unido a los dos y sus preferencias se alternan dentro de las actividades de la pequeña familia. Hace dos meses, sin embargo, algo ha venido sucediendo que alteró la relación armónica entre ellos a punto de que la pareja necesite ayuda y busque hacer terapia.

Todo ocurrió alrededor de la alimentación. Al inicio, Pedro quería tomar la cuchara, pero como él era medio desmañado, Rosa insistió en alimentarlo. Después él conseguía tomar la cuchara, pero ella corregía sus movimientos con otra cuchara para que la comida no se derramara del plato o se escurriera de la boca. Sin que alguien se diese cuenta porqué, Pedro comenzó a rechazar a Rosa y dar preferencia a José Luis y un día entró en huelga de hambre con la madre. Comía bien con la nana en los días de la semana, pero en los fines de semana retornaba “su tierra” con la madre. Al pasar a la posición activa en las funciones de Eros y Poder en la alimentación, Pedro inventó la huelga de hambre como arma política.

En lugar de retroceder en su posición activa en las funciones de Eros y Poder, Rosa pasó a avanzar y a insistir, con ansiedad creciente para que el hijo comiese, fuese como fuese. Pedro reaccionó y se instaló una lucha de poder. El pediatra aconsejó que ella lo dejase sin comer en esas ocasiones. Pensaba él, creo yo, que el niño porfiado debía ser frustrado. Si así pensó, no percibió que la obstinación de Pedro no era primaria sino reactiva a la ansiedad de poder de su madre. Eros sí, sentía ella, si tú te sometes a mi poder. Si la condición es la sumisión, sentía él, Eros no.

La lucha se extendió gradualmente, José Luis fue involucrado y sugirió que, cuando Pedro no quisiese comer, ella lo dejase con él. Rosa, a su pesar, concordó.

En la primera huelga de hambre, en lugar de insistir en que el hijo comiese, el padre, como haría un buen indio karajá, le dijo al hijo que ellos bajarían para tomar café juntos en la panadería. Llegando allí, y sentándose en una sillita junto al mostrador, Pedro observó a su padre pidiendo dos panes bien calentitos, con poca manteca y dos batidos. Admiró al padre en esa asertividad. A continuación acompañó al padre en el desayuno y tuvo gran éxito entre el personal y clientes. Más tarde, en la hora del almuerzo, Pedro

nuevamente se negó a comer. El padre lo invitó a que calentaran juntos el almuerzo y Pedro tuvo la honra de ayudar a hacer el plato y él mismo apretar el botón del microondas. De allí en adelante, pasó a cooperar y a comer muy bien.

Rosa no se conformó, principalmente porque no conseguía dejar de interferir, en lo que era repudiada. Sintiendo rechazada por el hijo, ella se puso en contra del marido, acusándolo de haber seducido al hijo y robado su amor en un golpe de poder. De hecho, el poder estaba transformándose junto con Eros en el cuaternio primario, pero no destructivamente como Rosa pensó.

Examinando la historia de la pareja, vimos que Rosa se había sentido muy rechazada por su madre, porque ésta era directora de la escuela primaria en la que estudiaba y tenía tiempo para todos los niños, menos para ella (SIC). Llegó a afirmar que su madre, después de amamantarla, nunca más había acompañado sus comidas, por todo lo que se acordaba e imaginaba.

No hay duda de que se trata de un caso corriente de disturbio alimentario de un niño por la proyección de la carencia situada en la Sombra de su madre. Hasta allí, sin novedades. Quiero, sin embargo, resaltar algo más. Es que Pedro había sacrificado su vínculo con el seno, claramente en función de la adquisición de su autonomía alimentaria, y su madre no. Fijada en la carencia de su complejo materno, Rosa no había conseguido acompañar a Pedro en la función sacrificial de su desarrollo. La huelga de hambre de Pedro, así, no era, como le pareció al pediatra, una lucha defensiva de Eros y Poder contra la madre, sino una reivindicación legítima de Eros y Poder en su desarrollo. Al acompañar a Pedro, José Luis se indispuso con Rosa y el cuaternio primario entró en disfunción.

Sacrificio es intercambio. Esta función siempre marcó la relación con los dioses en las religiones más antiguas. Bajo la forma de ofrendas, las personas entregaban sus posesiones a cambio de favores divinos.

Sacrificio de *sacer+facere*, tornar sagrado, es la sacralización de algo que es ofrecido al todo a cambio de la gracia divina. En este caso, la relación con el seno había sido la ofrenda sacrificial de Pedro, agraciado por el Arquetipo Central con el ejercicio de la función alimentaria en la posición activa. Rosa, a su vez, no había conseguido ofrendar su poder alimentario sobre Pedro y, por tanto, no había conseguido continuar participando de su desarrollo.

Todas las transformaciones psíquicas de la vida envuelven la función sacrificial, pues todo lo que se transforma cambia lo viejo por nuevo. En el desarrollo del niño, todas las transformaciones envuelven el cuaternio primario. Los niños, los padres y su vínculo

deben sacrificar algo en el desapego de lo viejo por el apego a lo nuevo. Entre tanto, la forma de someterse al sacrificio es diferente para cada uno, debido a que su relación es muy asimétrica por el hecho de que el Ego del adulto está predominantemente en la posición activa y el del niño predominantemente en la posición pasiva. Pedro estaba sacrificando su pasividad alimentaria predominante en la lactancia, en el intercambio por la adquisición del ejercicio activo del poder y de la autonomía alimentaria que lo entusiasmaba y por la cual luchaba. José Luis sacrificó su bienestar con Rosa por el crecimiento del hijo. Rosa, sin embargo, no conseguía sacrificar el Poder junto con Eros en la relación con Pedro, porque no podía desprenderse de la proyección defensiva de la niña carente que traía fijada en su Sombra. Su relación con el hijo sólo comenzó a recuperar la armonía cuando ella pudo elaborar esa fijación y sacrificar la superioridad alimentaria que había tenido sobre él en la lactancia, a cambio del placer y del poder de verlo crecer.

Los Animales y el Sacrificio del Poder sobre los Cachorros

La etología estudia el comportamiento de los animales y nos enseña mucho sobre la relación de adulto con el niño, a través de la manera en que lidian con sus crías. Una osa tuvo tres cachorros y los amamantó. Un día salió de la cueva con ellos y volvió a buscar alimento. Ellos la siguieron del modo que podían. Ella les enseñó, por imitación, a subir a los árboles. Después bajaba, buscaba alimento y retornaba. Ellos bajaban del árbol y todos retornaban a la cueva. Con el pasar de los días, cada vez más ellos la acompañaban para buscar alimento y menos subían a los árboles para esperarla. Un día ella los dejó en un árbol, se alejó y no volvió a buscarlos. Al hacerlo, sacrificaron juntos la infancia y la maternidad, en función de la adquisición de la madurez de los hijos y de la liberación de la madre para enamorar otra vez. Ella sacrificó el instinto materno por el instinto sexual.

El cerebro humano tiene muchas más neuronas y circuitos que el de los animales, lo que le confiere una capacidad de producir y de operar símbolos proporcionalmente mayor. Los mismos instintos son vivenciados por nosotros con una cantidad de significados muy numerosa y significativa, que toma en cuenta una variedad incontable de factores. Una de esas adquisiciones es nuestra capacidad de percibir las numerosas transformaciones por las cuales pasamos dentro de un proceso existencial finito, lo que nos torna capaces de pensar en nuestra muerte. Junto con ese don, el conocimiento científico nos viene mostrando que muchas células del cuerpo mueren diariamente y son

substituidas. Se conjetura, incluso, que probablemente exista una programación de la muerte de células y quién sabe de nuestra propia muerte, en nuestro ADN. Estos hechos nos muestran que el Arquetipo Central es activado junto con el Arquetipo de la Vida y el Arquetipo de la Muerte, durante todo el desarrollo (Byington, 1996). Por consiguiente, la vivencia de apego y desapego durante cada elaboración simbólica y la función sacrificial que envuelven el intercambio de lo viejo por lo nuevo no pueden dejar de incluir la interrelación del Arquetipo de la Vida con el Arquetipo de la Muerte. Al someternos a la función sacrificial durante la elaboración simbólica, morimos para renacer con la nueva conquista. En lo que concierne a la relación adulto y niño, la interrelación afecta a ambos de manera significativa. Las depresiones del niño en la vivencia de crecimiento y desapego son conocidas a punto de que Melanie Klein haya descrito la posición depresiva del Ego. Sin embargo, en lo que respecta a las reacciones de pérdida y desapego del adulto, en el cuaternio primario, lo mismo no ha sucedido.

El Sacrificio del Adulto en el Desarrollo del Niño

El apego-desapego del adulto en las transformaciones del desarrollo del niño envuelven una transferencia de Poder en función de un Eros, de una afectividad dadivosa para con el niño. Es difícil para el adulto asumir plenamente los significados de esa transferencia, pues ella implica el sacrificio de su poder sobre el niño. Ese poder es dado a cambio del crecimiento de los hijos y la satisfacción resultante es el placer y el orgullo por ese crecimiento. Muchos padres no reconocen ese sacrificio y ocultan defensivamente esa disminución de poder con posiciones autoritarias, dando órdenes y directrices para la nueva fase, como si ellos la hubiesen causado y fuesen por ella responsables. Eso es una insensatez, que impide que el niño asuma la nueva etapa del desarrollo con la responsabilidad proporcional a ella inherente. Se habla mucho hoy sobre poner límites a los hijos, pero poca noción se tiene de que los límites y el sentido de responsabilidad son funciones estructurantes activadas dentro del Self del Niño y que no pueden ser dirigidas por la autoridad del adulto. Cuando decimos que la libertad de los niños debe ser desarrollada proporcionalmente a su sentido de responsabilidad, lo que estamos realmente diciendo es que, junto con la adquisición de libertad del niño, es necesaria la toma de consciencia de su aumento de auto-determinación y de poder, proporcional a la disminución del poder del adulto sobre él. Eso exige del adulto la concienciación de su sacrificio de poder.

La Consciencia de la Muerte y del Sacrificio

Cuando estudiamos la relación de Eros y Poder dentro del cuaternio primario operando en familias reales, vemos cuánto la Sombra del niño se forma con la contribución de la Sombra de los adultos. El lema de que los padres aman a los hijos es una idealización de como deberíamos ser, que encubre cuánto en realidad eso no es así. La asimetría de Eros y Poder en la relación adulto-niño permite una actuación de la Sombra del adulto sobre el niño debido a la cobardía y a la falta de testimonios. Han sido muy estudiadas las reacciones de celos, envidia, competición, angustia de abandono, ansiedad y agresividad en el niño, pero mucho menos énfasis se ha dado al estudio de esas mismas funciones en el estudio de los adultos, que están aún más sujetos a ellas, porque además de tenerlas en abundancia, aun las aumentan por la proyección defensiva, en el niño, de su propio niño interno herido y deformado.

El niño sacrifica el apego al pasado, pero a cambio recibe el futuro. El adulto sacrifica el apego al pasado y a cambio recibe la emoción de ver a los hijos crecer, **junto con su mayor proximidad de la muerte**. Cuenta una leyenda popular que una linda mujer le preguntó a su hija qué daría para ser tan bella como ella. La hija le respondió que daría la mitad de lo que su madre estaba dispuesta a dar para tener su edad.

Al educar a sus hijos y transmitirles el poder, los padres están aproximándose a la mitad de la vida y tomando consciencia cada vez más de la finitud y de lo inexorable de la muerte. De allí su gran dificultad en sacrificar y realmente pasar a los hijos su superioridad sobre Eros y Poder. ¿Que harán ellos de allí en adelante, sin el poder sobre los hijos y viendo su propio poder disminuir con el pasar de la edad, y sus hijos haciendo cada vez más todo lo que ellos un día hicieron y hoy no hacen más?

La vivencia sacrificial de los padres con el crecimiento de los hijos los aproxima a la vivencia de la muerte y los coloca frente al sacrificio mayor del poder de su propio cuerpo, que un día tendrán que hacer.

En esa situación límite, el sacrificio de la individualidad, la función de la unión con un poder mayor, trascendente y eterno surge como la finalidad única de la transformación permanente de Eros y Poder. Cuanto mayor fuera la integración de esa vivencia sacrificial en el proceso existencial, más facilidad los padres tendrán para transmitir Eros y Poder a sus hijos y percibirlos como la continuación de la especie.